

RAMON GUTIERREZ*

ARQUITECTURA E IDENTIDAD

La necesaria comprensión histórica de la realidad americana, horizonte explícito de nuestra potencialidad cultural, indica a la vez una de las coordenadas vitales de nuestra producción arquitectónica: el espacio natural y cultural que hemos forjado.

La forja de una conciencia histórica exige un conocimiento de la propia circunstancia que en general se ha soslayado para aceptar los modelos externos como válidos. La arquitectura que ha pretendido adoptar una actitud vanguardista girando sobre el único eje del tiempo ha generado los elementos de ruptura y alienación cultural que hoy caracterizan a nuestras ciudades.

La producción mediocre de una arquitectura

* Presentación del Seminario que sobre este tema dirigió el arq. Ramón Gutiérrez en el Centro de Arte y Comunicación de la Escuela de Altos Estudios, en Buenos Aires, Argentina, durante el mes de Julio de 1982. La idea central: "encuadrar una visión cultural de la arquitectura que trascienda la clásica concepción de la obra como **objeto artístico**, y la proyecte en función social y contextual", constituye, quizás, la más seria aproximación a la crisis de la arquitectura, en el ámbito latinoamericano, y contribuye a ver claro en medio de la deslumbrante luz de Las Vegas.

sin carácter que conforma los actuales ámbitos de vida, hace perder al hombre la identidad con su propio medio, a la vez que lo va vaciando de estímulos culturales.

La revaloración del patrimonio no tiene como simple finalidad el recuperar las expresiones emergentes de los "monumentos" sino rescatar la "memoria histórica" de la comunidad y recuperar valores de relación social y cultural que son esenciales para la personalización de nuestro pueblo.

Los centros históricos latinoamericanos son lecciones de una arquitectura integrada a través del tiempo que se va degradando por el desarrollo de una política agresiva de especulación urbana, falta de conciencia ciudadana y carencia de una acción municipal coherente.

Nuestras ciudades se han ido desintegrando desde el siglo XIX por una visión mecanicista e individualista que concibe los recintos urbanos como una sumatoria de horas prestigiadas. La ciudad como un todo se ha transformado paulatinamente en la yuxtaposición de retazos incoherentes en el plano funcional y en el "carnaval de máscaras" en su paisaje urbano.

La arquitectura como producción de conjunto es cómplice de esa destrucción de las condiciones personalizantes del habitat. La construcción de la ciudad por la especulación desarticula los barrios y cambia las propias referencias de identidad.

El arquitecto que ha renunciado voluntariamente a su cultura, que rechaza un pasado que le incomoda y pretende proyectarse permanentemente al futuro, está en realidad definiendo un presente abrumadoramente incoherente que a la vez hipoteca las potencialidades del futuro que cree estar prediciendo.

La crisis de los rígidos valores del movimiento contemporáneo nos ha sumido en un posmodernismo coyunturalista y efímero, un relativismo cultural absoluto, donde vale todo y que parece solazarse en una arquitectura exótica y caprichosa o en la grandilocuencia "historicista".

El retorno al formalismo del "objeto de arte" arquitectónico indica el vaciamiento del contenido y la angustia del anonimato que invade al arquitecto que no se "prestigia" en su arquitectura.

La historia no es una fuente de abastecimiento de elementos formales ni el recetario tratadístico que permite estar en un irreal "futuro" mediante el consumo frívolo del pasado. La historia se refleja en los hechos culturales y sociales que integran la fuerza viva de las comunidades. La identidad del hombre con su paisaje natural y cultural constituye, pues, el camino para detec-

tar modos de vida, escalas de valores y dar, finalmente, adecuada respuesta a las necesidades y requerimientos a partir de nuestras posibilidades concretas.

No hay contradicción entre presencia histórica y arquitectura, si concebimos a esta última en una visión cultural y social. Sólo puede haberla si la entendemos como la producción de objetos para la aséptica contemplación, para la pulcra edición en las revistas especializadas o en la composición efectista de recursos geométricos y frívolas espectacularidades. Obviamente, habrá también contradicción si pensamos que es lo mismo la arquitectura ideada que la arquitectura realizada, porque en el primer paso desaparece en su abstracción la intrínseca relación contextual con el usuario y, por ende, toda la potencialidad de su participación.

La valoración de nuestra identidad en arquitectura no es meramente un retorno al pasado. La identidad de nuestro futuro se obtendrá a partir de nuestra caótica situación actual. El desafío consiste en trabajar sobre ella para perfeccionar los caminos de un paisaje urbano mejor. Lo otro será optar por sumarnos al desconcierto general con independencia de las calidades intrínsecas de cada obra individual.

Aprender en la historia, analizar críticamente nuestra arquitectura, rescatar valores que sirvan de punto de apoyo a nuestra tarea, parece ser la adecuada metodología para crear una arquitectura alternativa más allá de los fuegos de artificios del jet-set arquitectónico.

